

pesar de que pudo salvarle. Hace ochó días que Remigio dió de puñaladas á Aurilly, cómplice del príncipe, y en cuanto á éste, acabo de envenenarle con una fruta, un ramillete de flores y una antorecha. Paso, caballero, paso á Diana de Meridor, que desde aquí se dirige al convento de las hospitalarias.

Dijo, y soltando el brazo de Enrique, volvió á tomar el de Remigio, que la estaba esperando.

Enrique cayó de rodillas y luego de espaldas, siguiendo con la vista el grupo que formaban los asesinos, los cuales desaparecieron por entre los bosques como una visión infernal.

Una hora había transcurrido, cuando agobiado de cansancio el joven, lleno de terror y con la cabeza hecha un volcán, consiguió reunir fuerzas para arrastrarse hasta su aposento; pero tuvo que repetir diez veces la operación de escalar la ventana.

Dió algunos pasos por la habitación, y después de sendos tropezones, fué á caer encima de su lecho.

Todos dormían en palacio.

## CAPITULO XXX

### Fatalidad.

Á las nueve del día siguiente un sol brillante despedía sus dorados rayos sobre las arenosas calles del castillo de Thierry.

Multitud de trabajadores, buscados la vispera, empezaron desde el amanecer á arreglar el jardín y los aposentos destinados á albergar al rey, á quien se esperaba.

Nadie, sin embargo, se movía en el pabellón donde descansaba el duque, pues el día anterior había prohibido á los dos criados que le despertasen, de suerte que tenían que aguardar á que llamara.

Las nueve y media serían cuando entraron en el

pueblo á escape dos correos de gabinete, anunciando la llegada de S. M.

Los regidores, el gobernador y la guarnición formaron filas, para que pasase entre ellas la regia comitiva.

Á las diez apareció el rey en el declive de la colina, á caballo, pues había tomado uno en la última parada, lo cual hacía siempre que entraba en las poblaciones, porque se preciaba de buen jinete. Seguiale la reina madre en litera, escoltada por cincuenta caballeros lujosamente vestidos y bien montados.

Una compañía de guardias, mandada por Crillon, ciento veinte suizos, igual número de escoceses al mando de Larchand, y toda la servidumbre con mulas y equipajes, formaban un ejército cuyas filas seguían las pintorescas vueltas del campo que hay que subir para ir desde el río á la cumbre de la colina.

La comitiva entró en la población en medio del repique de las campanas, las salvas de artillería y los acordes sonos de la música.

Los vecinos prorrumpieron en vivas, pues el rey era una cosa tan rara en aquel tiempo, aun visto de cerca, que parecía que había conservado un reflejo de la divinidad.

En vano buscó el rey á su hermano entre la multitud, pues sólo vió á Enrique Du Bouchage en la verja del palacio; así es que apenas entró preguntó cómo estaba el duque de Anjou al oficial que tomó á su cargo recibir á S. M., y éste le contestó:

— Señor, hace unos cuantos días que Su Alteza

habita el pabellón del jardín, y hoy no le hemos visto. Sin embargo, como ayer estaba bien de salud, es probable que hoy lo esté también.

— ¿Tan apartado está ese pabellón, dijo Enrique con disgusto, que no se oyen aquí los cañonazos?

— Señor, se aventuró á decir uno de la servidumbre del duque, acaso S. A. no esperaría tan pronto á V. M.

— Eres viejo y loco, dijo Enrique enfadado. ¿Crees que el rey se presenta en una casa sin avisar antes al que la ocupa? El duque sabe desde ayer mi llegada.

Temiendo constristar á todo el mundo si ponía el rostro serio, cuando precisamente deseaba que le tuvieran los franceses por un rey amable y bondadoso, añadió:

— Puesto que no sale nadie á recibirnos, iremos nosotros á buscarle.

— Enseñadnos el camino, dijo Catalina desde el fondo de su litera.

Toda la escolta se dirigió al jardín; pero en el momento que los guardias que iban delante, llegaban al seto de hojaranzos, se oyó un grito penetrante y lúgubre.

— ¿Qué es eso? dijo el rey volviéndose hacia su madre.

— ¡Dios mío! murmuró Catalina queriendo leer en todos los semblantes lo que significaba aquel grito.

— ¡Príncipe mío! ¡Pobre señor duque! gritó el otro criado de Francisco asomándose á una ventana con muestras del más vivo dolor.

Todos corrieron hacia el pabellón, aun el mismo rey, quien llegó cuando levantaban del suelo al duque de Anjou: su ayuda de cámara había entrado, aunque sin orden, para anunciar la llegada del rey, y al ver al príncipe tendido en la alfombra de su dormitorio, lanzó el grito que puso en alarma á toda la comitiva.

Frió el príncipe y tieso, no daba más señales de vida que un movimiento extraño de los párpados y cierta contracción de los labios.

El rey se paró en el umbral de la puerta, y toda la comitiva se colocó detrás de él.

— ¡He aquí un pronóstico malo si los hay! murmuró.

— Retiraos, hijo mío, le dijo Catalina, yo os lo ruego.

— ¡Pobre Francisco! dijo Enrique alegrándose de que le despidiesen y de no presenciar el espectáculo de aquella agonía.

Toda la turba de cortesanos y guardias se deslizó tras el rey, y Catalina se arrodilló junto al príncipe, sin más compañía que la de los dos ancianos criados.

— ¡Es cosa extraña! murmuró.

Y en tanto que enviaron á la población en busca del médico del príncipe, y salía para Paris un correo de gabinete, á fin de apresurar la llegada de los médicos de cámara, que se habían quedado en Meaux con la reina, examinaba ella, si no con tanto saber, á lo menos con la misma perspicacia que hubiera podido hacerlo Mirón, los síntomas de aquella enfermedad extraordinaria que costaba la vida á su hijo.

Como Catalina era mujer de experiencia, lo primero que hizo fué interrogar friamente y sin atemorizarlos á los dos criados, quienes se arrancaban los cabellos de desesperación y se maltrataban el rostro.

Ambos contestaron que el príncipe entró en el pabellón la noche antes de regresar de palacio, á donde tuvo que ir, no de muy buena gana, á fin de dar una audiencia al conde Du Bouchage, enviado del rey. En seguida añadieron que terminará aquella audiencia, mandó le prepararan una delicada cena, dió orden de que ninguno se presentase sin que él llamara, y por último, encargó terminantemente que no le despertaran por la mañana, ó que nadie entrase en su aposento sin permiso suyo.

— Sin duda esperaré á alguna querida, dijo Catalina.

— Así lo creemos, señora, respondieron los criados con humildad, pero la discreción nos impidió asegurarnos de ello.

— Sin embargo, cuando quitasteis la mesa, ¿no observasteis si mi hijo había cenado solo ó acompañado?

— Como monseñor había mandado que nadie entrase en el pabellón, no quitamos la mesa, señora.

— ¿Conque es decir que nadie ha entrado aquí?

— Nadie, señora.

— Retiraos.

Obedecieron los criados, y Catalina se quedó enteramente sola.

Entonces, dejando al príncipe en el lecho en la misma postura en que había sido colocado, empezó

á investigar minuciosamente uno por uno los síntomas ó rastros que se presentaban á su vista, confirmando sus sospechas ó temores.

La frente de Francisco tenía un color negruzco; alrededor de sus ensangrentados ojos aparecía un círculo azul, y en los labios un surco semejante al que deja el azufre derretido en carne viva. Esto mismo observó Catalina en las ventanas y punta de la nariz.

— Registremos ahora, dijo mirando en torno del príncipe.

— Y lo primero que vió fué la antorcha casi enteramente consumida, que la noche antes encendió Remigio.

— Esta antorcha ha estado ardiendo mucho tiempo, dijo, de consiguiente Francisco ha debido permanecer en este aposento algunas horas... ¡Ah! veamos ese ramillete que está sobre el tapiz.

Catalina lo cogió precipitadamente, y notando que todas las flores permanecían frescas, excepto una rosa que estaba ya seca y algo negra, murmuró:

— ¿Qué es esto? ¿Qué han vertido sobre las hojas de esta flor?... Si no me engaño, conozco yo un licor que marchita de ese modo las rosas.

Y arrojó al suelo el ramillete temblando.

— Esto explica el surco de la nariz y el color negruzco de la frente: ¿pero y los labios?

Catalina corrió al comedor y conoció que los criados no habían mentido, pues nada indicaba que se hubiese tocado al servicio de la mesa después de concluída la cena.

Lo que más llamó la atención de Catalina fué la

mitad de un albéchigo que había en el borde de la mesa, y que tenía impreso un medio círculo de dientes.

Aquella fruta, tan encarnada por dentro, se había puesto negra ni más ni menos que la rosa, adquiriendo un color esmaltado, de pardo violeta, y donde más se distinguía la acción corrosiva era en el sitio por donde debió pasar el cuchillo al tiempo de partirla.

— Ya tenemos lo de los labios, dijo, pero Francisco sólo ha tomado un bocado de esta fruta, y no ha tenido mucho tiempo en la mano este ramillete, cuyas flores todavía están frescas; el mal, pues, tiene remedio aún, porque el veneno no ha debido penetrar mucho. Pero si sólo ha obrado en la superficie, ¿de qué nace esa parálisis tan completa? ¿Por qué es tan rápida la descomposición? Sin duda hay algo más que ver.

Y diciendo Catalina estas palabras, miró en su derredor, viendo colgado de un palo color de rosa, á que lo ataban de noche con una cadena de plata, el papagayo encarnado y azul que tanto quería Francisco.

El pobre pájaro estaba muerto, agarrotado y con las alas erizadas.

Catalina fijó la vista con ansiedad en la antorcha de que ya se había ocupado, para asegurarse por su completa combustión que el príncipe había entrado temprano en el pabellón.

— ¡El humo! dijo para sí Catalina. La antorcha estaba envenenada, y mi hijo no tiene remedio.

En seguida llamó, y la cámara se llenó de oficiales y criados.

— ¡Mirón! ¡Mirón! decían unos.

— ¡Un sacerdote! decían otros.

Pero Catalina aplicaba mientras á los labios de Francisco un frasquito que siempre llevaba en su bolso, examinando á la vez las facciones de su hijo para ver los efectos que producía el contraveneno.

El duque abrió los ojos y la boca, pero ni se vió de sus ojos una mirada ni oyó una palabra de su boca.

Catalina, muda y con ceñudo rostro, se alejó de la cámara diciendo por señas á los dos criados que la siguieran antes de que hubiesen podido hablar con nadie.

Entonces los condujo á otro pabellón, donde se sentó clavando en ambos la vista.

— El señor duque de Anjou, les dijo, ha sido envenenado anoche en la cena, y vosotros sois los que habéis servido esa cena.

Al oír estas palabras se pusieron aquellos dos hombres tan pálidos como la muerte.

— Que nos den tormento, exclamaron, pero que no se nos acuse.

— ¡Necios! ¿Crecéis que si yo sospechara de vosotros no se hubiera hecho ya lo que decís? Bien sé que no habéis asesinado á vuestro amo, pero otros le han envenenado, y es preciso que yo sepa quiénes son sus asesinos. ¿Quién ha entrado en el pabellón?

— Un viejo muy mal vestido á quien monseñor hacía dos días que recibía.

— ¿Pero y la mujer?

— Nosotros no la hemos visto. ¿De qué mujer habla V. M.?

— Aquí ha venido una mujer que ha hecho un ramillete...

Los dos criados se miraron con tal sencillez, que Catalina conoció eran inocentes.

— Que vayan á buscar al gobernador, dijo entonces, y al intendente de palacio.

Los dos ayudas de cámara se precipitaron hacia la puerta, pero Catalina los detuvo en el umbral, diciendo:

— Oid antes una palabra; sólo vosotros y yo sabemos lo que acabo de deciros: yo no seré quien lo revele, y así, si alguien llega á tener la más mínima noticia de lo que os acabo de contar, será por uno de vosotros; en cuyo caso y momento dejaréis de existir. ¡Idos!

Catalina interrogó también aunque no tan á las claras, á los dos gobernadores, diciéndoles que el duque había recibido por conducto de cierta persona una mala noticia que hubo de afectarle profundamente, que de aquello era consecuencia su enfermedad, y que preguntando de nuevo á la indicada persona, sin duda se repondría el duque de su alarma.

Los gobernadores mandaron registrar la ciudad, el jardín y sus contornos, pero nadie supo decir el paradero de Remigio y Diana.

Enrique era el único que estaba en el secreto, pero no había peligro que lo revelase.

Comentada la noticia durante todo el día, exagerada y truncada, corrió por el castillo de Thierry y la provincia, explicando cada cual, según su carácter é inclinaciones, la desgracia acaecida al duque.

Pero ninguno, excepto Catalina y Du Bouchage, sospechó que el duque era hombre muerto.

El desventurado príncipe no recobró la voz ni los sentidos, ó por mejor decir, no dió la menor señal de inteligencia.

En cuanto al rey, lleno de impresiones á cual más lúgubres, que era lo que más temía en el mundo, de buena gana hubiera querido regresar á París; pero la reina madre se opuso á semejante marcha, y la corte no tuvo otro remedio sino quedarse en el castillo.

Los médicos acudieron en tropel, y Mirón fué el único que adivinó la causa del mal y comprendió lo grave que era; pero era muy buen cortesano para que fuese á decir la verdad, sobre todo así que consultó con la vista á Catalina.

Por lo cual, viendo que todo el mundo le hacía preguntas, respondió que efectivamente el duque había sufrido grandes pesadumbres y sostenido un choque violento.

Con esto no se comprometía, cosa dificultosísima en semejantes circunstancias.

Cuando Enrique III le pidió contestase afirmativa ó negativamente á esta pregunta:

— ¿Vivirá el duque?

— Dentro de tres días se lo diré á V. M., respondió el médico.

— ¿Y á mí qué me decís? le preguntó Catalina en voz baja.

— A vos, señora, es diferente, os responderé sin titubear.

— ¿Qué?

— Pregúnteme V. M.

— ¿Cuándo morirá mi hijo? Mirón.

— Mañana á la noche habrá dejado de existir, señora.

— ¡Tan pronto!

— ¡Ah! señora, murmuró el médico, la dosis era demasiado fuerte para que así no suceda.

Catalina se llevó un dedo á los labios, miró al moribundo, y repitió en voz baja su palabra de mal agüero, á saber.

— ¡Fatalidad!